

tamos aquellas obras completas en un acto entrañable, en el salón de sesiones del Palacio Provincial, y la oratoria brillante y humana de Juan José García Carbonell y mi acuciante petición pública, ya plenamente iracunda por el cansancio de predicar en desierto, de que se crease de una vez el prometido Instituto de Estudios Albacetenses, quedaron totalmente oscurecidas ante las lágrimas que brotaban de los ojos cansados de Alberto Mateos al evocar la figura de su padre.

Después don Alberto sufrió el gran mazazo de su vida: la muerte de su esposa. El pobre hombre estaba plenamente desesperado, y la depresión sentimental amenazaba con llevarlo a él también, rápidamente, detrás de la mujer amada. Era preciso lograr que saliera un poco de aquel estado, que buscara en otras empresas vitales el hálito necesario que lo sujetara a este mundo. Primero logramos convencerlo para que volviera de nuevo a investigar en los Archivos, él que no necesitaba en absoluto apoyarse en fuentes documentales que cimentasen sus recuerdos albaceteños. Y todos los días bajaba, cansadamente, las pocas escaleras que lo conducían al sótano de la antigua Casa de la Cultura, en la calle Isaac Peral, donde estaban las catacumbas de la documentación albacetense; y más tarde subía, en los más cómodos y rápidos ascensores, hasta las alturas de la planta 6.ª del edificio de la avenida de la Estación, a donde habíamos logrado elevar las oficinas del Archivo Histórico provincial.

Las visitas de Mateos eran lo mejor de las aburridas veladas de trabajo cotidiano. Y más de una vez, lo confieso, la mañana, o la tarde, se convertían en una verdadera tertulia historiográfica, donde participábamos todos, investigadores y funcionarios. Porque nuestro archivo nunca fue un lugar de trabajo aburrido, en el que todo el mundo tenía que estar en silencio. Era un centro muy raro en su género, que quizás abunde muy poco, donde se respiraba humanidad y alegría, y donde junto a algún chiste y alguna anécdota se trabajaba muy seriamente, consiguiendo entre todos empresas científicas de verdadera categoría, que han permitido que el pasado de nuestra provincia sea mejor conocido y que la bibliografía local haya aumentado de modo extraordinario. Porque no hay que olvidar que la mayor empresa cultural de nuestra provincia se coció y germinó en el núcleo de investigadores del Archivo, entre los cuales se encontraba también Alberto Mateos, que fue, naturalmente, uno de los primeros miembros del Instituto de Estudios Albacetenses.

Juan José García Carbonell, entonces delegado de Cultura, y mi gran colaborador Víctor Luis Malvar, ya jubilado, conocen perfectamente las frecuentes veladas de don Alberto Mateos en el Archivo, para que entre ambos preparáramos la edición de su libro más importante, **Del Albacete antiguo**: selección y clasificación de fotografías, maquetación, corrección de los originales del magnífico texto literario... Y al mismo tiempo, las gestiones para que la Diputación Provincial publicara el otro gran libro de don Alberto, **Evocación y recuerdos albacetenses**, y mi lucha constante con el autor, al que no le gustaba mi prólogo porque decía que contenía excesivos piropos para su persona y su obra.

Y el triunfo de Alberto Mateos, al que su ciudad honraba como se merecía